



GOBIERNO REGIONAL DE SAN MARTÍN
DIRECCIÓN REGIONAL DE EDUCACIÓN
Unidad de Gestión Educativa Local El Dorado

I.E. Integrada N° 0304 "Mario Vargas Llosa": Nivel Primaria Cod. Mod. 0303826 – Nivel Secundaria Cod. Mod. 1590843
Jr. Víctor Andrés Belaunde S/N, distrito de Santa Rosa, provincia de El Dorado, región San Martín

“Año del fortalecimiento de la soberanía nacional”

Santa Rosa, 04 de noviembre del 2022

OFICIO N° 73-2022/D.I. E N° 0304 “MVLL”-SR

SEÑORA: Prof. MARIA CAROLINA PEREZ TELLO
DIRECTORA DE LA UGEL EL DORADO

ASUNTO: HACE LLEGAR PRODUCCIÓN LITERARIA: “INSPIRACIÓN MAVALLINA” A FIN DE GESTIONAR SU IMPRESIÓN Y DIFUSIÓN.

Es grato dirigirme a usted, saludándole cordialmente a nombre de la Institución Educativa N° 0304 “Mario Vargas Llosa”, del distrito de Santa Rosa, Provincia de El Dorado, departamento de San Martín, así mismo informarle que nuestra institución educativa a través del Taller de Escritura Creativa se ha producido un fabulario denominado: “INSPIRACIÓN MAVALLINA” que recoge la creatividad de nuestros estudiantes, por lo que le hago llegar a usted parte de la producción para que por su intermedio nos apoye con la gestión y así se haga realidad su publicación a través de un fondo editorial.

Agradeciéndole por anticipado por su participación aprovecho la oportunidad para expresarle las muestras de mi especial consideración y estima.

Atentamente,



GOBIERNO REGIONAL DE SAN MARTÍN
DIRECCIÓN REGIONAL DE EDUCACIÓN
I.E. N° 0304 "MARIO VARGAS LLOSA"
SANTA ROSA - EL DORADO
Nestor J. Díaz Malaver
NESTOR J. DIAZ MALAVER
DIRECTOR



Inspiración Mavallina

I.E n. ° 0304 “MARIO VARGAS LLOSA”

INSPIRACIÓN MAVALLINA



Fabulario elaborado por los estudiantes de la
I.E n. ° 0304 “Mario Vargas Losa”

INSPIRACIÓN MAVALLINA

© 2022, I.E. n. ° 0304 MARIO VARGAS LLOSA

Editado por: I.E n. °0304 “Mario Vargas Llosa”
Jr. Víctor Andrés Belaúnde S/N
Telf. 966209859

Producción general: Néstor Jave Díaz Malaver.

Editor general: Marlo Nino Ortiz Campos.

Diseño de portada: Marlo Nino Ortiz Campos

Ilustraciones de portada e interiores: Estudiantes de la I.E N° 0304
MVLL

Diagramación: Marlo Nino Ortiz Campos.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N. °:

ISBN N. °

Prohibida, su total o parcial reproducción por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la casa editorial.

Inspiración Mavallina es un fabulario escrito con mucho cariño por los estudiantes del taller de escritura creativa de la I.E n. º 0304 “Mario Vargas Llosa”. Con esta compilación de fábulas buscamos fomentar la creatividad no solo de los estudiantes de nuestra institución educativa sino también de otras instituciones y con ello contribuir con el desarrollo de nuestra cultura.

Los estudiantes.

A toda la plana docente de la I.E n. ° 0304 “Mario Vargas Llosa”, quienes cada día se esfuerzan para enseñarnos con pasión y dedicación.

A nuestros padres, quienes con su esfuerzo nos dejan el mejor regalo que un padre puede otorgarnos: La educación.

A todos nuestros compañeros de la I.E n. ° 0304 “Mario Vargas Llosa”, este fabulario es dedicado con mucho cariño, esperamos que este libro sea el comienzo de una bonita aventura.

Índice

El zorro enamorado	11
El gato Claudio	15
El gallo Mañuco	17
La perrita solitaria y el gato malo	20
José y el duende	22
Sarita, la bella luna	24
El zorro y el cuervo	26
El venado cobarde	29
El sachacuy y el conejo	31
El motelo Beto y el venado Ramón	33
Gabriel y el gigante Ítalo	38

**INSPIRACIÓN
MAVALLINA**

El zorro enamorado

Jenifer Barrera Labajos.

Segundo grado.

Había una vez un zorro que se enamoró perdidamente de la Luna. Por las noches, tenía la costumbre de subir a la montaña más alta que encontraba a su paso para poder contemplarla. Estaba hechizado no solo de su luz brillante sino de la paz que transmitía.



Un día se dijo:

—¡Quiero conocer el rostro de la Luna!

Así que el siguiente día pensó en diversas formas en las que podía estar tan cerca de la luna y poder observar su rostro. En un primer intento, quiso llamar su atención bailando; luego hizo muecas, se arrodilló; pero por más esfuerzo que realizó, la luna siguió sin mostrar su rostro. Luego se dijo:

—Si tú no quieres venir para ver tu rostro, entonces yo iré por ti.

Es así que ante la indiferencia de la Luna, el zorro decidió ir en busca de la montaña más alta que hubiese en la tierra. Caminó muchos, muchísimos kilómetros

donde no solo conoció ciudades y parajes sino también a personas, pero ninguno le daba razón de una montaña realmente alta.

Las montañas que logró subir, solo le generaron decepción. Hasta que entristecido llegó a una casa muy vieja y desolada. Allí vivía un anciano de estatura baja, con muchas arrugas en el rostro y en las manos. Llevaba un sombrero en punta y unos zapatos de la misma forma. El zorro le dijo:

—Amable, señor, ¿puede decirme dónde encontrar una montaña realmente alta donde pueda observar el rostro de la Luna?

El anciano se quedó pensando y luego de unos minutos soltó un par de carcajadas.

—Ja, ja, ja.

—¿Por qué se ríe? —preguntó el zorro desconcertado.

—La luna no tiene rostro —dijo el anciano entre risas.

—Todos tenemos una —refutó el zorro muy enojado.

—Si usted lo cree así, entonces siga el cauce del río que se encuentra a unos pasos de aquí. El anciano señaló con su dedo índice hacia el Norte. Y continuó.



—Cuando la anchura del río mida la dimensión de sus brazos abiertos, podrá divisar al frente una hermosa montaña empinada, ese será su destino.

El zorro muy alegre, le agradeció y se dirigió rápido hacia el río para continuar con su viaje.

Finalmente llegó a la montaña que el anciano le habló. Dirigió su mirada hacia el cielo y efectivamente no pudo divisar la cima.

—Esta es la montaña que buscaba —se dijo.

Escaló y escaló y por un momento pensó que nunca llegaría a la cima. Cuando al fin lo hizo, exhausto se sentó a esperar que la luna apareciera. Cuando el día se oscureció, la luna apareció. El zorro, quien había vacilado de sus intenciones, se escondió tras unos arbustos. Desde allí, oculto, pudo ver el rostro de la Luna. Era muy hermosa, blanca como la nieve. Sus ojos eran oscuros como la noche y sus dientes del color de la leche. El zorro no pudo contener sus emociones y salió de donde se encontraba escondido.

—Hola hermosa, Luna, por fin puedo conocerte.

La Luna sonrió al escuchar la voz del zorro.

—Hola mi apuesto zorro —respondió la Luna. Por fin llegaste.

—Entonces, ¿sabes de mí? —preguntó el zorro.

—Así es —asintió la Luna. Yo puedo verlos desde lo alto del cielo, pero ustedes lamentablemente no.

El zorro se quedó muy preocupado.

—Quiere decir que no tienes amigos —dijo el zorro muy astuto.

—No —contestó la Luna muy triste.

—Entonces yo seré tu amigo —expresó el zorro.
Desde hoy, te visitaré todas las noches y conversaremos mucho.

—¡Me lo dices en serio! —exclamó la Luna.

—Sííí —juró el zorro muy alegre.

Desde aquel día el zorro visita todos los días a la Luna y ella le agradece su compañía, iluminando más.



El gato Claudio

José Guillermo Muñoz Tapullima.

Quinto grado.

Había una vez un gato llamado Claudio. Él era un gato muy amigable, de pelaje claro y ojos muy colorados. Claudio vivía junto a sus amigos, quienes eran muy juguetones. Ellos se querían mucho y siempre salían del depósito de chatarra a cazar ratones para alimentarse; pero nunca encontraban un ratón, así que se alimentaban con desperdicios que encontraban. Así fueron pasando los días hasta que una mañana Claudio y sus amigos decidieron salir de su barrio para ir a otros lugares en busca de comida digna. Como eran varios gatos, se dividieron en dos grupos. El primero era liderado por Claudio y seis gatos más, entre ellos: Tom, Ron Ron, Púa, Dientes, Colmillo fino y Estuard; el segundo grupo lo conformaban: Tony, Patas Flacas, Max, Patas Gordas, Chis Chis, Pardo y Maloso. Claudio y su manada fueron hacia el Este; en tanto Tony y los demás, hacia el Oeste. Ambos grupos caminaron por diversas calles hasta que Claudio divisó en medio de la pista una ratona comiendo queso. Claudio se dirigió muy silenciosamente hacia la ratona hasta que de un



zarpazo la agarró y como para no dejarla escapar de un solo bocado se la tragó. Luego de lamerse por varios minutos, siguió caminando. Más adelante, Claudio se encontró con las crías de la ratona. Sintió mucha pena y la barriga se le empezó a revolotear, revolotear y revolotear hasta que escupió a la ratona y la dejó vivir. La ratona le agradeció mucho a Claudio y se dirigió donde sus bebés ratones, los abrazó y todos continuaron su camino.



El gallo Mañuco

Royler Fasabi Labajos.

Primer grado.

En una granja del distrito de Santa Rosa, en la selva del Perú, vivía un gallo de nombre Mañuco. Él era padrillo de todas las gallinas de la granja y todas las mañanas, se levantaba muy temprano para cantar y demostrar su liderazgo ante los demás.



—Kikiriki, kikiriki.

Un día pasó un campesino por la granja y observó meticulosamente a Mañuco. Se quedó sorprendido por su porte, sus hermosas alas, su pico puntiagudo que pronto lo quiso comprar. Entró a la granja y preguntó por el dueño.

—Se encuentra el patrón de esta granja.

Una mujer que se encontraba ordeñando le dijo:

—El patrón se encuentra dentro de la casa principal.

El campesino fue a la casa y tocó la puerta toc, toc, toc. El patrón de la granja salió y vio al campesino de los pies hasta la cabeza.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó el patrón.

—Deseo comprar uno de sus animales que cría en esta granja.

El patrón se quedó pensando.

—¿A qué animal se refiere? —inquirió el patrón.

—Al gallo brioso que se encuentra en la cima de la lomada —dijo el campesino señalando a Mañuco.

—¿Mañuco? —preguntó el patrón.

—Sí, ese debe de ser —contestó el campesino.

—No, no está a la venta —negó el patrón.

—Todo en esta vida tiene su precio —refirió el campesino—. Te doy dos monedas de oro por el gallo.

—No necesito tu oro —respondió el patrón.

El campesino volvió a meter la mano en uno de sus bolsillos y sacó cinco monedas más de oro.

—Te daré siete monedas de oro por tu gallo —ofreció el campesino como mostrar en sus manos las brillantes monedas.

—El patrón negó con la cabeza.

El campesino, ante la negativa, metió el dinero nuevamente en su bolsillo y se retiró de la granja. Días después el campesino pasó por la granja, pero esta vez no vio al gallo Mañuco. Se acercó nuevamente a la mujer que se encontraba ordeñando.

—Señora, no veo al gallo brioso de esta granja ni tampoco a las demás aves —consultó el campesino.

—Señor campesino —dijo la criada muy triste—. Llegó la peste a nuestra granja y se llevó a todas nuestras aves, incluido a Mañuco, el padrillo.

El campesino muy apenado, lamentó la muerte del gallo brioso. Quizás haya traído males se dijo, quizás haya traído males. Y se retiró caminando rumbo a su chacrita.



La perrita solitaria y el gato malo

Juliana Guerrero Más.

Quinto grado.

Había una vez una solitaria perrita llamada Bella. Ella vivía en Santa Rosa, un pueblo muy recóndito de nuestra selva.

Sus dueños salían muy temprano a sus plantaciones y Bella quedaba muy sola en casa. Un día estaba tan aburrida que decidió salir de su casa en busca de amigos. Caminó por varias calles hasta que encontró a Ramón, un gato muy gordo.

—¿Por qué tan sola? —dijo Ramón.

—No tengo amigos con quienes jugar —respondió Bella.

—¡Qué pena! —Se acongojó Ramón—. ¡Yo puedo jugar contigo!

—¡En serio jugarías conmigo! —preguntó emocionada Bella.

—¡Claro que sí! —afirmó Ramón—. Ven, sígueme, te llevaré a un lugar donde podremos jugar sin que nadie nos moleste.



Bella, la perrita, ingenuamente decidió hacerle caso al gato, quien en realidad la estaba engañando. Caminaron por varios minutos.

—¿Falta mucho para llegar? —preguntó Bella.

—Solo un poco más —dijo Ramón.

Y siguieron caminando hasta llegar a un lugar descampado, sin vegetación.

—Llegamos —dijo Ramón, el gato.

—¿Dónde estamos? —inquirió Bella—. Aquí no hay nada más que matas, ¡No hay nada para jugar!

—Cierra los ojos y cuenta hasta cincuenta, luego de ello aparecerá el mejor parque de diversiones que hayas visto —afirmó Ramón.

Y Bella hizo caso y se puso a contar: uno, dos, tres, cuatro... mientras lo hacía, Ramón se dijo:

—¡Estás donde perteneces, perrita, tonta ja, ja, ja —satirizó Ramón.

—Al terminar de contar, Bella se sorprendió, pues nada había cambiado a su alrededor.

—Me has mentado, gato, malvado —dijo Bella.

Miró por la izquierda, también lo hizo por la derecha y no había Ramón por ningún lado. Lo buscó, gritó su nombre y nadie respondió. Desde aquel día se escuchan lamentos de Bella, la perrita que se perdió en el bosque y que nunca más regresó a su hogar.



José y el duende

Jhyn Tony Rodríguez Fachín.

Quinto grado.

José, un cazador experimentado, se introdujo en la selva en busca de animales para su alimentación y el de su familia. Cuando estuvo caminando, llegó a un río y bebió de su dulce agua. Caminó unos cien metros creyendo ver una sombra, pero no encontró a nadie.



—Solo fue una mala percepción —se dijo.

Siguió caminando silenciosamente, pues su intención era cazar algún animal salvaje. Merodeo por dos horas sin ver ninguna huella hasta que observó nuevamente una sombra. Lo siguió y pudo divisar a un hombre de mediana estatura, de color azul y sombrero verde, quien al darse cuenta que fue visto, se escabulló por los arbustos.

José lo persiguió. Él estaba seguro de lo que vio.

—No te haré daño —dijo José.

—Usted es una mala persona —respondió el duende.

—Sal de los arbustos —ordenó José.

—Saldré solo si prometes no hacerme daño —dijo el duende.

—Te lo prometo —juró José como levantar la mano.

El duende, al escuchar el juramento, salió de los arbustos con vacilación y temeroso empezó a acercarse a José.

—¿Por qué cazas animales con crías? —preguntó el duende.

—¿Cómo? —se extrañó José.

—Ayer, cuando estuviste por aquí, disparaste en contra de un venado, dejando a su cervatillo desamparado.

José no supo qué decir, puesto que pensó que el venado estuvo solo.

—Lo lamento tanto —expresó José como acercarse al duende—. Prometo tener más cuidado la próxima vez.

José, desde ese día, piensa mucho antes de disparar a algún animal. El duende le enseñó lo valioso que es la vida de los animales y la preservación de las especies.



Sarita, la bella luna

Diego Fasabi Labajos.

Quinto grado.

Cierta noche, con luz radiante, salía muy elegante Sarita, la luna. Ella se vestía con buenos atuendos y siempre mostraba una sonrisa brillante. Un día se acercó a Sarita una estrella, quien estaba celosísima de la elegancia que mostraba Sarita.



—Oye, luna, ¿qué haces para brillar tanto?, yo quiero brillar como tú —preguntó incisivamente la estrella.

—¿Quieres brillar como yo? —inquirió Sarita.

—Sí, así es —contestó la estrella.

Sarita se quedó pensado y luego de varios minutos de meditación.

—Te daré un poco de mi luz —dijo Sarita.

La estrella se alegró y empezó a tremolar más seguido.

—Antes debo advertirte algo —expresó la luna—. Tan pronto recibas un poco de mi luz, verás el mundo con mayor claridad, pero todo lo que veas, no podrá salir de tu boca.

—Está bien —respondió la estrellita, de mí no saldrá nada. Yo solo miraré y no contaré nada de lo que vea.

Sarita se infló y luego de unos segundos, se desprendió de un poco de su luz que luego fue a parar donde la estrellita.

La estrellita estuvo muy contenta por la luz que le había dado Sarita. Cada noche salía orgullosa ya que no era una estrella cualquiera sino que su luz era tan igual a la de Sarita, la luna. Aprovechó su luminosidad y visitó varios lugares. Sin embargo su vanidad se opacó cuando vio que en la Tierra no todo era felicidad. En algunos lugares como el África la pobreza hacía que los niños llorasen toda la noche. Los asesinatos, los robos, las catástrofes hicieron que la estrellita se entristeciera rápido. En algún momento estuvo próxima a romper su juramento. Sin embargo no lo hizo, eran tantos los problemas por resolver que terminó enfermándose. Días después, vio a Sarita y optó por devolverle su luz. Sin querer, la estrellita había causado daños, pues por visitar lugares, llevó luz y contribuyó a que delincuentes cometan fechorías. Valoró el gran trabajo que realiza Sarita y ofreció ayudarla pero está vez como una de las tantas estrellitas que hay en el firmamento.



El zorro y el cuervo

Franco Ramírez Sangama.

Quinto grado.

Había una vez un zorro llamado Pánfilo, caminaba por el bosque en busca de amigos. Todos le rehuían, puesto que era un animal carnívoro. Un día mientras se encontraba bebiendo agua de un río, escuchó una voz que decía:



—¡Auxilio!, ¡auxilio!

Pánfilo corrió en busca del origen de la voz. Luego de varios segundos de búsqueda llegó a unos riscos donde encontró a un cuervo.

—Amigo zorro, ¡ayúdame! —dijo el cuervo.

El zorro miró atentamente al cuervo y sin sospechar que el cuervo era astuto y malo, le brindó su apoyo. Sin embargo, todo fue una trampa. Cuando Pánfilo se acercó para brindar su ayuda, fue sorprendido por una red que lo aprisionó.

—Ja, ja, ja —rió el cuervo—. Caíste en mi trampa, creíste que necesitaba ayuda, pero en realidad quería cazarte.

— ¿Por qué me aprisionas? ¿Qué daño te hice? — preguntó Pánfilo.

—Ninguno, solo lo hago por placer —respondió el cuervo riéndose.

Pánfilo trató de salir de la red, pero sin éxito alguno.

—Amigos, amigas, un cuervo tan inteligente como yo fue capaz de cazar un zorro —dijo muy presuntuoso el cuervo.

Todos los animales de la selva que escucharon los alaridos del cuervo se concentraron alrededor de él.

—Cuervo malvado, me engañaste, yo solo quería ayudarte por eso es que corrí al escuchar tus gritos de auxilio.

De pronto el zorro se enfureció y con sus filudos dientes rompió la red. Realmente Pánfilo estaba enojado que una vez libre dio un brinco y atrapó al cuervo ante la huida de los demás animales.

—No me mates —suplicó el cuervo.

El zorro había perdido el control y cuando estaba a punto de devorar al cuervo.

—Amigo zorro, no lo mates, si haces eso toda la selva sabrá que eres un asesino —dijo una paloma.

El zorro escuchó atentamente la voz que provenía de la cima de una lupuna.

—Si lo matas no conseguirás nada, al contrario de habrás convertido en alguien parecido al cuervo, déjalo —azuzó la paloma.

—Tienes mucha razón, paloma —dijo el cuervo. Si lo mato ennegreceré mi alma y este bandido con su muerte se glorificará.

—Así es —contestó la paloma. Así como tuvo la osadía de gritar a los cuatro vientos el haberte capturado, has que vuelva a gritar, pero esta vez disculpándose por su atrevimiento.

—Buena idea —contestó el zorro. Gracias querida amiga paloma.

Desde aquel día, el zorro y el cuervo andan juntos. El cuervo no se cansa de pedir disculpas y el zorro Pánfilo nunca más fue engañado.



El venado cobarde

Jhensy Vega Tuanama.

Segundo grado.

En la selva del Alto Mayo, vivía un venado silvestre llamado Martín. Él era de color marrón oscuro y tenía unos lunares blancos en toda la espalda.



Le gustaba pasear por el bosque, hasta que un día se encontró con una bella venada. Martín, el venado, al verla quedó muy sorprendido.

—¿Quién eres tú? —dijo Martín.

—Mi nombre es Ana —respondió la venada.

Ambos venaditos, luego de presentarse, acercaron sus cabecitas cuando de pronto escucharon una voz que decía:

—¡Anaaaaaaa!

—¡Es mi papá! —exclamó Ana atemorizada.

Y ambos venados se separaron y corrieron por rumbos distintos. Al día siguiente Martín y Ana se volvieron a encontrar; sin embargo su felicidad no duró mucho tiempo, pues el papá de Ana los volvió a encontrar.

—Ana, ¿qué haces junto a este joven venado?

—Solo nos encontramos por casualidad, papá —
respondió Ana.

El papá de Ana se encontró tan furioso que intentó embestir a Martín. Martín, por su juventud, esquivó la arremetida. Sin embargo no quiso quedarse y ocasionar problemas que tan pronto tuvo oportunidad huyó del lugar sin mirar atrás. Desde aquel día Ana y Martín no se volvieron a ver.



El sachacuy y el conejo

Jhesily Bocanegra.

Cuarto grado.

El sachacuy era uno de los animales más odiados de la selva, puesto que siempre le gustaba hacer bromas incluso al león, el rey de la selva. Un día mientras caminaba por la ribera de un río, vio a un conejo acercarse a beber agua del río.

—Le haré una broma —pensó el sachacuy.

Y dejó que el conejo diera su primer sorbo.

—No bebas, el agua está envenenada —gritó el sachacuy.

El conejo, luego de escuchar la advertencia, se desesperó tanto que no tuvo mejor idea que sujetar fuertemente su garganta para vomitar lo ingerido. El sachacuy, por más que evitó reír, no pudo y estalló en burlas.

—Conejo tonto, te he engañado, el agua es inocua y se puede beber —dijo el sachacuy.

El conejo, al recobrar conciencia, persiguió al sachacuy por toda la selva, pero le fue imposible agarrarlo puesto que el sachacuy era muy escurridizo.

Desde que aquel día, el conejo juró vengarse. En su primer intento, cavó un hoyo por donde siempre veía pasar al sachacuy, lo tapó con ramas para que cayera, pero el muy astuto se las ingenió para enterarse anticipadamente de los planes del conejo. En su segundo intento, el conejo tapó todas las madrigueras

del sachacuy con el propósito de arrinconarlo solo en una. Cuando al fin lo consiguió, el sachacuy le dijo:

—Conejo tonto, por más que tapes todas mis madrigueras, siempre podré hacer otras y a la misma velocidad que tú. Luego de decir estas palabras, el sachacuy se introdujo bajo tierra y salió a la superficie muy rápido. Así se escabulló en un tercer intento, cuarto, quinto...

Al final, el sachacuy se apiadó del conejo.

—Conejo, llevas muchos años intentando capturarme y todo lo que has realizado ha sido en vano. La broma que te hice no es nada a comparación con los años que has perdido tratando de cobrar venganza.

Al escuchar lo dicho por el sachacuy, el conejo se puso a pensar en las tantas veces que dijo no a una salida entre amigos, a platicar deporte, a un viaje con la familia. Desde aquel día, el conejo disfruta cada momento con su familia y amigos.



El motelo Beto y el venado

Ramón

Deyvis Anthony Sangama Fasabi.

Segundo grado

Beto era un motelo viejo que se encontraba una tarde caminado por una de las montañas que circunda el distrito de Santa Rosa. De pronto, en el camino, encontró a un venado durmiendo.

—Don venado, ¿Cómo es posible que se encuentre durmiendo de día?

El venado abrió su boca y bostezó fuerte, luego de ello:

—Es que estoy muy aburrido, amigo motelo. Vivo solo en esta montaña y no sé qué hacer —contestó Ramón, el venado.

—¿Es verdad que usted es muy veloz? —preguntó Beto, el motelo.

—Sí —contestó con inmodestia Ramón—. Nadie en este territorio me ha podido ganar, todos son lentos, es por ello que ahora prefiero descansar.

—Yo conozco a alguien que es realmente veloz —dijo Beto.

El venado frunció las cejas para luego preguntar.

—¿Quién puede ser más veloz que yo?, es imposible lo que me manifiestas —expresó Ramón.

—Todo es posible, don Ramón; todo es posible —replicó Beto, el motelo.

—Tráelo frente a mí de inmediato —ordenó Ramón.

—No es necesario traerlo, lo tiene frente a usted —respondió Beto.

—¿Dónde está? —preguntó Ramón mirando por detrás de Beto, el motelo.

—Aquí estoy. Soy yo el que le reta —Afirmó Beto.

—ja, ja, ja —carcajeó Ramón—. ¿Tú?, ¡un motelo viejo me piensa ganar! ja, ja, ja.

—Así es —reafirmó Beto muy serio y sin bajar la cabeza. Y para hacerlo solo necesitaré dar cinco pasos.

—¿Quééé?, y encima me dices que solo darás cinco pasos, ¿debes estar loco? —se preguntó Ramón, como matarse de carcajadas.

—Estoy muy cuerdo —contestó Beto—. Y aprovechó el momento en el que Ramón se ufanaba tanto para solicitarle dos favores.

—¿Quieres que te cumpla algún deseo? —preguntó don venado.

—En realidad, antes de la competición, me gustaría primero comer, llevó ya algunas horas sin probar bocado alguno —expresó Beto.

—Está bien —asintió Ramón—. ¿Cuál es el segundo favor que deseas?

—Luego de comer y antes de que inicie la carrera, quisiera que me ayudes a quitarme mi caparazón, ya que sin eso, soy una pluma.

El venado Ramón, ansioso de que inicie la carrera, fue rápidamente a conseguir alimento para el motelo. Después de unos minutos de haber andado en busca de comida, llegó donde se encontraba Beto.

—Aquí está la comida que me pediste —dijo Ramón.

—Muchas gracias —respondió Beto—. ¿Podrías acompañarme a comer?

Ramón, el venado, en un primer no quiso probar bocado alguno, pero al escuchar las súplicas de Beto, aceptó y comió todo cuánto pudo, mientras que el motelo solo se comió una cereza como para perder la pereza.

—Estoy muy lleno, ¡no quiero comer más! —exclamó Ramón.

—Ha llegado el momento de la competición —dijo Beto, el motelo ante la mirada dubitativa de Ramón.

—Descansemos unos minutos —solicitó Ramón.

—¿Parece que me temes? —preguntó Beto.

—¡Jamás! —respondió Ramón.

Así el venado Ramón logró pararse con dificultad, pues la barriga le pesaba mucho. Una vez de pie.

—¿No te olvidas de algo? —preguntó el motelo

El venado Ramón se puso a meditar. Luego de varios segundos el motelo le dijo:

—Ayúdame a quitarme el caparazón, recuerda que me prometiste ayudar para que la competición sea pareja —indicó Beto, el motelo.

Y así Ramón ayudó a Beto a quitarse el caparazón. Cuando se encontraron en la cima de la montaña listos para iniciar la competición, Beto preguntó quién certificaría la llegada de uno de ellos y quién anunciaría al ganador.

—Es verdad —dijo Ramón.

Es así que ellos pidieron ayuda a Matilda, el águila que sobrevolaba la cima de la montaña, para que sirva de árbitro y verifique quién llega primero a la ladera, meta final de la competición. Matilda aceptó y de un chillido dio inicio a la competición.

Ramón, el venado, tomó la delantera con mucha dificultad, pues la panza le pesaba mucho; en tanto Beto, el motelo, se quedó parado con su caparazón al costado. Luego de unos segundos, Beto acomodó su caparazón de tal forma que la parte plana se quedara mirando al cielo, retrocedió cinco pasos para tomar impulso, ergo corrió y se montó encima de su caparazón originando que este se deslizará y alcance

rápidamente a Ramón. Beto parecía un surfista encima de su caparazón. Ramón por más que quiso no pudo apresurar su paso, puesto que la barriga aún le pesaba. Contra todo pronóstico, Beto ganó la carrera por amplia diferencia. Los animales que presenciaron tal acontecimiento aplaudieron a Beto y le subieron en hombros. La noticia se expandió por todo el distrito de Santa Rosa. Beto, el motelo, había ganado la carrera.



Gabriel y el gigante Ítalo

Marlo Nino Ortíz Campos.

Docente.

Había una vez un gigante llamado Ítalo. Él vivía en una cueva muy solo, alejado de los demás gigantes quienes desde hace muchos años se encontraban guarnecidos en un castillo deslustrado en la cima de una montaña rocosa. Ellos bajaban de su fortaleza, cada cierto tiempo, para raptar a humanos quienes habitaban en la ladera de aquella montaña. Asimismo los humanos, cada cierto tiempo, subían a la fortaleza para capturar algún gigante y bajarlo a la aldea como trofeo de guerra. Era una lucha constante que al parecer no tendría un final inmediato. Cierta día, los gigantes, viéndose cada vez más amenazados, fueron donde Ítalo quién además de ser gigante, poseía los poderes de un mago. Al llegar a las afueras de la cueva dijeron:

—Ítalo, hemos venido por tu ayuda.

Ítalo se quedó callado y no contestó el primer llamado. Esperó cauteloso al interior de su caverna hasta que nuevamente escuchó una voz que provenía del exterior.

—Ítalo, somos tus hermanos y hemos venido por tu ayuda.

—¿Qué es lo que desean, hermanos? —preguntó Ítalo.

— Queremos tu ayuda para acabar de una vez por todas con los humanos, ellos cada vez más se acercan a nuestro castillo y amenazan nuestra existencia.

Ítalo, al escuchar las palabras de su hermano, salió de su cueva y se posó frente a todos los que fueron en busca de su ayuda.

—Son las acciones de revanchismo lo que llevará al exterminio de una de las dos especies en disputa — señaló Ítalo.

—No estamos aquí para sermones —contestó Ruan, rey de los gigantes—. Como líder de los ciclópeos, estoy aquí para invocar tu ayuda o de lo contrario serás considerado nuestro enemigo y no quedará otra elección que declararte la guerra.

—No les será fácil eliminarme, sin embargo no estamos para pelear sino para buscar una solución. La guerra solo traerá más guerra, debemos demostrar a los humanos que podemos vivir juntos y en armonía.

—¿Qué dices?, ¿vivir juntos con los humanos? ¡Es una locura! —Exclamó Ruan—. ¡Nunca permitiremos que los humanos vivan con nosotros, antes la muerte!

—Entonces, no puedo ayudarlos. El único camino que nos queda es el exterminio —afirmó Ítalo.

Y los gigantes, ante la negativa de Ítalo, volvieron a su castillo vociferando un sinnúmero de advertencias.

—La próxima vez que regresemos será por tu cabeza, Ítalo —dijeron los gigantes.

Mientras tanto en la aldea de los humanos se debatía en qué momento atacar, pues así como los gigantes, ellos habían tenido bajas considerables durante el tiempo en que se desataba la guerra.

—Debemos atacar durante el eclipse —dijo Eduardo. Un caza recompensa que había llegado a la aldea por dinero, pues los aldeanos pagaban cuantiosas sumas de dinero por cada cabeza de gigante degollada. Y todos los pobladores asintieron con la cabeza.

—Hay que prepararnos para ese momento, solo quedan cinco días y para ello cortaremos todos los árboles que hay en el bosque —dijo Eduardo—. Fabricaremos lanzas grandes con las que aniquilaremos a todos los gigantes.

Y así, los humanos, empezaron a depredar el bosque mañana, tarde y noche, sin descanso alguno y con el único objetivo de cobrar venganza. En la cima, Ítalo, buscaba la manera de detener una masacre. Confiando en sus poderes mágicos se transformó en un cóndor y viajó por toda la Tierra buscando un humano de corazón noble. Sin darse cuenta ya habían transcurrido dos días desde aquel momento en que decidió emprender su búsqueda y aún no encontraba lo que buscaba. Cansado se detuvo a tomar agua de un arroyo cuando de pronto escuchó ¡Chis!, ¡chas!, eran espadas que chocaban unas con otras. Dirigió la mirada y observó la lucha dispareja que tenía un hombre contra una multitud que se abalanzaba cada vez más. En un primer momento decidió solo mirar, pero algo le llamó

la atención, pues tras de aquel solitario combatiente se encontraba una jaula y dentro de él un grupo de *pichicos* (monos salvajes), a quienes el noble hidalgo parecía proteger. Ítalo se enojó mucho, quien rápidamente volvió a su forma primigenia de gigante. Los hombres al verlo se atemorizaron mucho y huyeron introduciéndose en el bosque. El buen samaritano quiso hacer lo mismo, pero en ese momento fue detenido.

—No huyas, no te haré daño —dijo Ítalo.

—¿Quién eres? ¿Cómo apareciste? —preguntó el noble combatiente.

—Mi nombre es Ítalo, el gigante, y he venido por estos lugares buscando a un humano de corazón noble y creo haberlo encontrado —respondió Ítalo.

—¿Lo dices por mí? —volvió a preguntar el desconocido.

—Así es —contestó Ítalo—. ¿Cuál es tu nombre?

—Yo soy Gabriel, un humilde aldeano — contestó Gabriel—. Vivo a unos kilómetros de aquí, y me detuve a rescatar a estos indefensos animales que vienen siendo capturados por malhechores. Mientras conversaba liberaba a los *pichicos* quienes al verse libres no huyeron y se quedaron junto a ellos ofreciendo mimos.

—Tu noble corazón permitirá salvar a muchos, joven Gabriel —expresó Ítalo.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó Gabriel.

Ante la pregunta, Ítalo le contó lo que estaba ocurriendo en la montaña de los gigantes, y la masacre que podía ocurrir si no se daban prisa. Le contó su plan obviando algunos detalles, pero a pesar de ello Gabriel asintió.

—Está bien, Ítalo, iré contigo —Afirmó Gabriel—. Aquí solo tengo mis animales y la casita donde vivo.

—No te preocupes, Gabriel, llevaremos todo lo que necesites para que te encuentres bien —prometió Ítalo.

Y así el gigante mago hizo un chasquido con sus dedos y en un abrir y cerrar de ojos Ítalo, Gabriel y sus animales se encontraban en la cima de la montaña. Gabriel admiró los alrededores y veía en los árboles muchas frutas que servirían para alimentarse toda una vida. Quedaban unas horas para que los humanos atacaran. En tanto, los gigantes liderados por Ruan, se enteraron de que un humano se encontraba en la cima de la montaña y decidieron ir a su encuentro. Cuando llegaron a la cueva de Ítalo, gritaron para que Ítalo entregue al humano. Ítalo salió de su cueva e intentó dar explicación de sus acciones, sin embargo no fueron oídas. De pronto todo se oscureció y las primeras bengalas hacían erosionar las paredes del castillo de los gigantes.

—Nos atacan —dijo Ruan—. Regresemos al castillo inmediatamente.

Y todos los gigantes guiados por Ruan regresaron a defender el castillo. Gabriel al oír los estallidos salió de la cueva y muy cauteloso se acercó a Ítalo.

—¿Llegó el momento, Ítalo? —preguntó Gabriel.

—Me temo que sí, mi querido amigo —contestó Ítalo. Es mejor que nos demos prisa.

—Y ambos también se dirigieron rumbo al castillo.

Cuando llegaron, la guerra se había desatado y los heridos junto con los muertos se encontraban tirados por todas partes. Ítalo, quien tenía a Gabriel sobre su hombro, sonar su cuerno mágico que paralizó la batalla, luego cogió una piedra y la lanzó hacia el cielo transformándose en una luz radiante.

—Es tu turno, amigo, mío —indicó Ítalo.

Gabriel, utilizando el cuerno que Ítalo le había puesto cerca, habló a los humanos.

—Humanos y gigantes, ¡deténganse! —ordenó Gabriel—. Y todos se detuvieron ante el sonido estruendoso emitido por el cuerno mágico. Quiero que observen a su alrededor, vean el hermoso mundo que compartimos humanos y gigantes. La naturaleza nos provee de alimentos para sobrevivir, tenemos agua para calmar nuestra sed ¿por qué estamos peleando?

Los humanos se quedaron paralizados al ver que un hombre, como ellos, estaba encima de un gigante.

—Hay espacio para todos, podemos vivir en paz, prueba de ello es mi presencia en esta montaña. Los

humanos que se encontraban en la montaña eran miles y todos se encontraban admirados de que un humano se encontrara en el hombro de un gigante. Los pocos gigantes que quedaban vivos retrocedieron en señal de una tregua y de la misma manera lo hicieron los humanos.

Ítalo y Gabriel fueron los nexos para que ambos bandos acordaran un tratado de paz. Juntos recogieron a sus amigos caídos en batalla. Al terminar el eclipse, iniciaron los trabajos de reforestación no solo en la cima de la montaña sino en la ladera donde vivían los humanos. Humanos y gigantes trabajaron arduamente para recuperar la vegetación perdida y vivieron en armonía por miles de años.



Inspiración Mavallina se terminó de imprimir en **octubre de 2022** por encargo de la **Institución Educativa Mario Vargas Llosa**.